

SU EMINENCIA REVERENDÍSIMA SANTIAGO LUIS COPELLO, ARZOBISPO
DE BUENOS AIRES

Reconstrucción y crisis de la Iglesia católica argentina

Susana Bianchi

En la Argentina, tras la creación de una provincia eclesiástica con la elevación de Buenos Aires a la categoría de Arzobispado (1865), la Iglesia católica comenzó a organizarse en forma paralela al Estado. El proceso de construcción no fue sencillo, ya que debían encararse complejas cuestiones. En primer lugar, los problemas surgieron de la definición de los vínculos con un Estado del que la Iglesia surgía en estrecha dependencia. En segundo lugar, se debía responder a las exigencias de un Papado que exigía unificar el catolicismo bajo su autoridad. En tercer lugar, era necesario construir un cuerpo eclesial coherente. En rigor, la Iglesia católica en Argentina recién se consolidó en la década de 1930. Y para esto resultó clave el papel desempeñado por el Arzobispo de Buenos Aires, cardenal Santiago Luis Copello.

I. DE LA INFANCIA AL PODER. UNA IGLESIA EN BUSCA DE SU CAMINO

Los primeros años

Santiago Luis Copello nació en San Isidro, Buenos Aires, el 7 de enero de 1880. Era el tercero de los seis hijos de Juan Copello y María Bianchi, oriundos de Lavagna, en las cercanías de Génova. Aunque un almacén de ramos generales aseguraba el bienestar de la familia, la vida no siempre era fácil. “Hacía poco tiempo que yo había nacido, cuando estalló la revolución del 80, y como a media legua de nuestra casa, en San Isidro, acamparon numerosas tropas. No tardó mucho en circular la voz de que alguna soldadesca se dedicaba a raterías y a molestar a las mujeres. Mi madre dijo: ‘Esto no pasará en esta casa, pues yo me defenderé’, e hizo adquirir un revólver. Mientras aprendía su manejo, se escapó una bala que, según mi madre, debió ocasionarme la muerte, atribuyendo mi salvación a una gracia de la Virgen, en su advocación del Tránsito de la Imagen de Montallegro.”¹

¹ Santiago Luis Copello: *Cartas Pastorales, Decretos y Documentos*, Buenos Aires, Apostolado Catequístico, 1959, p. 115.

Más allá de estos extraordinarios acontecimientos que anunciaban un destino signado por lo sobrenatural –reiterado *topoi* hagiográfico-, la infancia de Copello no fue demasiado diferente a la de otros niños del lugar. Durante un Carnaval, un indignado vecino, literalmente bañado por los juegos de agua, azotó con una vara al futuro Cardenal. Como resultado, una pequeña cicatriz en la ceja lo acompañó hasta el resto de sus días. También su vida estaba marcada por el cumplimiento de las obligaciones rituales en la parroquia de San Isidro en donde el culto se combinaba con la vida social. Allí, Copello se inició en el rito sirviendo como monaguillo.

Sin embargo, para Copello la vida pueblerina duró pocos años. En 1891, llegó a la parroquia un joven cura vicario, Francisco Alberti, quien advirtiendo las singulares dotes del monaguillo, insistió en la importancia de darle una educación adecuada. Con este objetivo en 1892, cumplidos los 12 años, Copello ingresaba como alumno interno en el colegio San José², para cursar estudios secundarios. Pero también ingresaba en un medio social muy diferente del que había nacido. Con algunos de sus compañeros estableció contactos que mantuvo durante el resto de su vida. Muchos años más tarde, uno de sus condiscípulos -en el estilo de la biografía ejemplar donde los detalles revelan un destino preestablecido- recordaba una vida colegial donde no faltaron "huelgas de no estudiar con ciertos profesores, 'vientos pamperos' en las clases, piñas diarias en los recreos, privaciones de salidas los domingos". Pero sobre esa vida estudiantil, Copello ejercía una influencia moderadora. "Cierta vez un profesor quiso poner a todo el curso en penitencia por no haber llevado a clase un cuaderno, creyendo que así lo había ordenado, pero la penitencia no se impuso porque Santiago Copello tampoco lo llevó y su testimonio era irrecusable."³ En síntesis, desde las evocaciones, el acatamiento a las reglas se esbozaba como su cualidad más destacada.

La estadía en el Colegio San José tampoco fue larga. Durante las vacaciones de 1894, el joven Copello, también aconsejado por Francisco Alberti, decidía ingresar al Seminario. El hecho también es revelador de los mecanismos de reclutamiento eclesiástico. Según las instrucciones episcopales, las miras de los sacerdotes debían estar puestas en jovencitos que daban muestras de "vocación", percibida en rasgos como

² Dicho Colegio, fundado en 1858 por sacerdotes de la Congregación del Sagrado Corazón de Bayona, había ganado prestigio y constituía la opción para las familias católicas que querían asegurar a su descendencia una buena educación despojada de laicismo.

³ Recuerdos de Víctor Pesenti, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires* (en adelante REABA), 1932, pp. 721-725.

la obediencia, adhesión a la práctica religiosa, facilidad para los estudios, buena salud y un aceptable aspecto físico. Debían provenir de familias honestas aunque la fortuna no constituía un requisito indispensable.⁴ Niños con esas características debían ser guiados hacia la carrera eclesiástica, transformada en una indudable vía de ascenso social. Para Copello, como para otros hijos de inmigrantes, el sacerdocio se transformaba en una "carrera abierta al talento".

También para el Estado dotar a esta Iglesia en construcción de un personal idóneo constituía un problema a resolver. Y la idoneidad incluía –no como problema menor- la nacionalización del clero. Eduardo Costa, ministro de Justicia, reconocía en 1863: "La falta de un clero nacional es notablemente sentida [...] La provisión de curatos se hace cada día más difícil; no pocas veces es necesario llenarlos con sacerdotes que ni aún el idioma del país poseen."⁵ Ese mismo año, el gobierno nacional se hizo cargo de la manutención del Seminario de Córdoba y en 1865, Mitre firmaba el decreto de creación del Seminario de Buenos Aires, que quedó bajo la supervisión del arzobispo Escalada. Además se creaban 25 becas, para que jóvenes sin recursos pudieran seguir la carrera eclesiástica. Empero, el funcionamiento del Seminario de Buenos Aires planteaba dificultades por la escasa capacidad del clero local para impartir los estudios eclesiásticos. Para solucionar la cuestión, en 1874, se puso al Seminario -con autorización del gobierno de Sarmiento- bajo la conducción de los jesuitas que comenzaron a formar un clero disciplinado según las más estrictas líneas vaticanas.

En 1894, con la certificación de buena conducta presentada por Alberti, Federico León Aneiros, arzobispo de Buenos Aires, firmaba la admisión de Copello en el Seminario de Buenos Aires. De esta manera, recién cumplidos los catorce años, comenzaba su primer ciclo de los estudios eclesiásticos, las Humanidades. Pero la importancia de la formación en el Seminario no radicaba sólo en sus contenidos intelectuales. Desde la niñez, los futuros sacerdotes eran aislados de toda influencia externa. El aislamiento, combinado con la juventud de los postulantes, permitía la integración en un medio que se movía de acuerdo a sus propias reglas, diferenciado por usos lingüísticos y vestimentas especiales que reforzaban su peculiaridad. Era una

⁴ Desde el Concilio de Trento, la Iglesia recomendaba el reclutamiento entre los "pobres" -recomendación que se reitera en las Actas del Concilio Latinoamericano de 1899- Tácitamente se reconocía la mayor adhesión de aquellos que debían su promoción social a la institución que integraban.

⁵ Citado por Juan Carlos Zuretti: *Nueva Historia Eclesiástica Argentina*, Buenos Aires, Itinerarium, 1972, p. 311.

formación que -más allá de las diferencias de origen- buscaba homogeneizar al personal eclesiástico en un sólido cuerpo que debía actuar según normas impuestas por una particular concepción del mundo.

La estadía en Roma: experiencia y contexto

Copello permaneció en el Seminario Conciliar de Buenos Aires durante dos años. Por recomendación de sus profesores, en 1896, el arzobispo Castellano lo seleccionó para que continuara sus estudios en Roma, en el Colegio Pío Latinoamericano. Fundado en 1854 y a cargo también de la Compañía de Jesús, el Colegio tenía como objetivo la formación de una elite: sus residentes, cuidadosamente seleccionados entre seminaristas latinoamericanos estaban destinados a ocupar los más altos cargos de sus Iglesias nacionales. Se transformaban de esta manera en eficaces agentes de la "romanización" que desde el Vaticano se procuraba impulsar. A los 16 años, Copello llegaba a Roma en donde también se mostró como un alumno aventajado: en 1899 recibía el título de Doctor en Filosofía. Pero la experiencia romana de Copello fue marcada también por el clima generado por las múltiples cuestiones planteadas dentro de la Iglesia católica durante el reinado de León XIII (1878-1903).

En 1870, la toma de Roma por parte de las tropas italianas había reducido las posesiones papales a los palacios del Vaticano. Pero el problema excedía la "cuestión romana": era el símbolo de la conflictiva relación entre los Estados modernos y la Iglesia católica que, en defensa de sus privilegios –que incluía una concepción patrimonial de la monarquía–, se mostraba dispuesta a no transigir. La ocupación de Roma obligó a suspender el Concilio Vaticano que, no obstante, había logrado su objetivo: sancionar el dogma de la infalibilidad papal. A pesar de que la infalibilidad se refería a cuestiones dogmáticas, permitió dotar al Pontífice de un aura de poder carismático, reforzado por el complejo ritual que rodeaba a su persona. La pérdida del poder territorial y la consolidación del poder papal fueron dos cuestiones estrechamente vinculadas: el centralismo pontificio era la respuesta a los problemas que planteaba la desaparición de toda jurisdicción. El otro problema era cómo restaurar el "orden cristiano", cómo establecer en nuevos términos la relación con la sociedad, relación en la que, desde la perspectiva eclesiástica, el Estado aparecía como mediador insoslayable.

Durante la estadía de Copello en Roma, el reinado de León XIII marcó cambios: las posiciones defensivas fueron abandonadas a favor de las ofensivas, mientras que la

imagen del nuevo "orden cristiano" fue adquiriendo mayor precisión. En rigor, se lo definió en términos de corporativismo, entendido como una solidaridad orgánica que neutralizaba los conflictos. Profundamente antiliberal, el modelo era presentado como la restauración de una sociedad medieval idealizada, jerárquica e inmóvil, y éticamente fundado en el tomismo. Estas ideas aparecían formuladas en la encíclica *Rerum Novarum* (1891), como respuesta a los nuevos problemas que planteaba la sociedad. En esta línea, León XIII no dudaba en convocar a un catolicismo que debía salir del espacio privado para transformarse en el principio organizador del cuerpo social. Como lo indicaba en *Annum Sacrum* (1899) se trataba de "renovar y atar más apretadamente los vínculos que naturalmente unen los Estados con Dios".⁶

Pero la instauración del "orden cristiano", exigía la unidad de la Iglesia. En primer lugar, la unidad intelectual. Esta cuestión afectó directamente la formación de Copello ya que las cátedras de la Universidad Gregoriana debieron seguir puntualmente las enseñanzas de Tomás de Aquino. De esta manera, se sostenía un orden que descansaba en una visión orgánica y jerárquica del mundo asumida por la Iglesia con inapelable autoridad. En segundo lugar, era necesario evitar la ruptura entre la fe de los "simples" y la de los intelectuales. Era necesario aceptar esa religión "de los sentimientos",⁷ tan cara a los jesuitas, y tan combatida por otros. En ese sentido, León XIII dio un paso decisivo al reconocer el polémico culto al Sagrado Corazón.

Copello siguió el desarrollo de estos procesos. Y su atención estuvo puesta también en las jornadas del Concilio Plenario Latinoamericano, reunido en Roma, en 1899. En la convocatoria, León XIII había expresado sus objetivos: se trataba de resolver el problema de la unidad de la Iglesia, "romanizando" a las díscolas Iglesias americanas. Durante el Concilio Plenario Latinoamericano, todo debate fue excluido y los obispos debieron acatar una estricta legislación que -junto con el Código de Derecho Canónico de 1917- tuvo vigencia hasta la década de 1960. Reconstruyendo un mítico tiempo en que "Cristo era vencedor, Cristo reinaba, Cristo tenía establecido su imperio"⁸, la afirmación de la autoridad papa y de la estructura jerárquica de la Iglesia, la intransigencia frente a la secularización, el tomismo, el reforzamiento de la disciplina

⁶ León XIII: "*Annum Sacrum* (1899)," *Encíclicas sobre el Sagrado Corazón de Jesús*, Buenos Aires, Ictio, 1980, p. 27.

⁷ Sobre la religión "de los sentimientos", Louis Chatellier: *La religion des pauvres. Les sources du christianisme moderne XVIe-XIXe siècles*, Paris, Aubier, 1993.

⁸ *Actas y Decretos...*, p. CXIX.

eclesiástica, y la unificación de ritos fueron los medios por los que la Iglesia procuraba solidificar sus estructuras, creando un modelo eclesial que en la Argentina se impuso recién en la década de 1930.

Mientras seguía estos acontecimientos, Copello completaba sus estudios. El 25 de octubre de 1902, era ordenado sacerdote en Roma, a los 22 años. Por su juventud -la edad para la ordenación debía ser 24 años- había obtenido una dispensa otorgada por sus aptitudes. Celebró su primera misa en la Basílica de Santa María la Mayor en la que fueron sus acólitos dos seminaristas argentinos, Andrés Calcagno y Vicente Ferreira. Calcagno figuraba entre sus mejores amigos y lo acompañó en los momentos más significativos de su carrera. Copello permaneció en Roma un año más, completando sus estudios en la Universidad Gregoriana en donde recibió el título de Doctor en Teología, en 1903. Ese mismo año, regresaba al país.

Los años en La Plata

En 1903, Copello se incorporó a la diócesis de La Plata, recientemente creada y regida por el prestigioso Juan Nepomuceno Terrero. También allí se encontraba su guía de la infancia, Francisco Alberti, como obispo auxiliar. Pero las cosas no eran simples. Copello se incorporaba a una Iglesia que dificultosamente buscaba su camino.

El conflicto con el Estado por la definición de los campos de acción había estallado durante el gobierno del arzobispo Aneiros. En 1884, la legislación secularizadora -más allá de la voluntad de los actores- culminó con la ruptura de relaciones con el Vaticano. Empero, la situación no impidió que el gobierno continuara sosteniendo a la Iglesia, cuya función social no fue puesta en duda. No impidió el ingreso de congregaciones religiosas europeas ni que, en 1887, Juárez Celman propusiese creación de nuevas diócesis, incluida la de La Plata, para ajustar la organización eclesiástica al ordenamiento político del país. Durante los gobiernos de Luis Sáenz Peña y de José Uriburu, se buscaron las vías para tener mayor fluidez en las relaciones con el Vaticano. Misiones confidenciales a cargo de Carlos Calvo permitieron que, tras la muerte de Aneiros, se reconociera a Uladislao Castellano como Arzobispo de Buenos Aires y que, en 1897, se aceptara la creación de las nuevas diócesis. En síntesis, la ruptura no alteró la relación entre el Estado y la Iglesia. Pero era una Iglesia que, subordinada, carecía de medios para imponer al catolicismo como el principio organizador de la sociedad.

Para implementar un catolicismo en acción, la Iglesia católica argentina debía solidificar y dar coherencia a sus estructuras. Sin embargo, había dificultades para construir un cuerpo. Los obispos actuaban con una considerable cuota de autonomía, según las prácticas establecidas a lo largo del siglo XIX. Para cada obispo, la visión del orbe católico comenzaba en su propia diócesis y culminaba en Roma. Y ninguna mediación nacional cabía en esta imagen. El arzobispo Aneiros había fracasado en su intención de reunir un Sínodo y recién en 1889 -25 años después de la creación de la provincia eclesiástica- logró consenso para que los obispos firmaran la primera *Carta Pastoral Colectiva*.⁹

Es cierto que, desde 1903, las Conferencias Episcopales empezaron a tener una mayor regularidad. Los obispos cumplían, de este modo, con los decretos del Concilio Plenario Latinoamericano que obligaban -en un implícito reconocimiento de la falta de entidad corporativa- a que las conferencias episcopales se realizaran en plazos no mayores de tres años, ya que "contribuye mucho al buen gobierno de las provincias eclesiásticas y a la edificación de los fieles la concordia de los Obispos (...) opinando todos una misma cosa, teniendo los mismos sentimientos."¹⁰ Sin embargo, fuertes indicios señalan que los obispos estaban lejos de opinar "todos una misma cosa". Hacia 1912, por ejemplo, la falta de acuerdos impidió la aprobación de un *Manual de Procedimientos Eclesiásticos* común. Recién en 1917, el Código de Derecho Canónico establecido para toda la Iglesia empezó a salvar las diferencias locales.

En esa Iglesia poco consolidada, Copello iniciaba su carrera sacerdotal, entre 1903 y 1904, como Teniente Cura en la parroquia de San Ponciano, en La Plata. Cumplía un paso obligado en todas las carreras eclesiásticas: un año de actividad parroquial. De esta manera, Copello se encontraba con un mundo que había abandonado en la niñez. En ese año, concentró sus energías en la dirección de la revista parroquial *La Buena Lectura*, que se proponía competir con las publicaciones socialistas. En 1905, tal como lo anunciara su formación en Roma, Copello ingresaba en la burocracia eclesiástica de La Plata, con el cargo de Notario Mayor. Simultáneamente -la falta de clero obligaba a multiplicar las funciones- se ocupaba de las Capellanías del Hospital San Juan de Dios

⁹ "Pastoral colectiva del Episcopado argentino acerca de la misión salvadora de la Iglesia" Néstor Tomás Auza (compilador): *Documentos del Episcopado Argentino*, Tomo I, Buenos Aires, Conferencia Episcopal Argentina, 1993, pp. 22-43.

¹⁰ *Actas y Decretos...*, p. 134.

y del Buen Pastor. Al año siguiente, con sólo 25 años, era designado Secretario General del Obispado, dando un paso decisivo en su carrera.

Desde 1909 Copello dirigió la *Revista Oficial del Obispado de La Plata*, un instrumento básico para la unificación de la disciplina en una sede que, por la acción de Alberti, procuraba cada vez más ajustarse a las directivas vaticanas. Mientras tanto actuaba como asesor –acentuando la presencia eclesiástica en las organizaciones de laicos- de los Círculos de Obreros y de la Conferencia de los Caballeros Vicentinos. La carrera de Copello culminó finalmente al ser designado, Obispo Auxiliar de La Plata en noviembre de 1918, y Obispo Titular de Aulón, en marzo de 1919.¹¹ En esta última ceremonia, oficiada por Terrero, Alberti y el obispo de Cuyo, Juan Orzali en la antigua parroquia de San Isidro, Santiago Copello alcanzaba, a los 38 años, el mayor grado de las órdenes eclesiásticas.

Ya como Obispo auxiliar, Copello comenzó a efectuar las Visitas Canónicas que lo llevaron a recorrer la extensa diócesis, la provincia de Buenos Aires y el territorio de La Pampa. Un solo mes, en el año 1919, puede resultar ejemplificador de su intensa actividad. Según datos de su agenda, "A principios de septiembre, continúa la Visita del Azul y de sus múltiples instituciones, confirmando mil novecientas personas; yendo luego a Cacharí y Olavarría, donde permaneció cuatro días. El 13 parte para Trenque Lauquen en el Oeste donde confirma mil doscientas personas; el 19 ya está en Hinojo al Sur y en San Miguel de Hinojo, donde recibe la confirmación de ochocientas treinta personas; el 23, 24 y 25 los pasa en la Parroquia de Pergamino, al Norte y el 26 parte a Puán y sigue a San Miguel de Gazcón, a Carhué, y a Guaminí."¹² La rutina le permitió conocer los problemas que se debían corregir.

En 1921, Francisco Alberti -Obispo, tras la muerte de Terrero- propuso la creación de un Seminario diocesano y designó a Copello responsable de la organización. Sin embargo, su actividad se vio interrumpida en 1923 por un viaje a Italia. Tras una corta visita a sus tíos en Lavagna, se dirigió a Roma donde fue recibido en mayo en una audiencia especial por Pío XI. Indudablemente allí se trató la grave crisis que comenzaba a atravesar la frágil Iglesia argentina.

¹¹ Títulos de diócesis desaparecidas se confieren a obispos, como los auxiliares, sin diócesis propia, Manuel Teruel Gregorio de Tejada: *Vocabulario básico de la historia de la Iglesia*, Barcelona, Crítica, 1993.

¹² "Santiago Luis Copello, obispo de Aulón", *El Semanario Parroquial*, La Plata, 1928.

La crisis de los años veinte

En 1919, el arzobispo de Buenos Aires Mariano Espinosa había ordenado la centralización de las asociaciones católicas en un organismo nacional, la *Unión Popular*, de acuerdo con el modelo que impulsaba el Vaticano. El proyecto provocó la reacción de las organizaciones en defensa de su autonomía. Pero el problema también radicaba en la designación de Miguel De Andrea al frente de la organización. Acusado de un estilo personalista y de vínculos con el alvearismo, De Andrea era resistido por amplios círculos católicos. De esta manera, hacia 1924, la Iglesia se fracturaba entre los defensores del proyecto, que incluían a José Orzali, obispo de Cuyo, y sus detractores, encabezados por Juan Agustín Boneo, obispo de Santa Fe. La comisión directiva de la casi inexistente Unión Popular reconocía la situación: "El clero, dividido en bandos; los fieles anarquizados según sus preferencias; de ahí, las desconfianzas, las murmuraciones, las críticas contra personas y obras dignas de todo respeto".¹³

Los conflictos también se expresaban en las dificultades para integrar el cuerpo episcopal. Si bien el número de obispos había aumentando por la creación de nuevas diócesis,¹⁴ en la década de 1920 la composición del episcopado era irregular. La existencia de sedes vacantes era indicio de la falta de acuerdos para la designación de los obispos. Tal era la situación de Buenos Aires, en donde el problema de la designación del Arzobispo se confundía con los conflictos en torno a Miguel De Andrea. En efecto, tras la muerte de Espinosa, en abril de 1923, según el derecho de patronato, el Senado había elevado una terna encabezada por De Andrea, candidato sostenido por el presidente Alvear,¹⁵ en oposición a las preferencias vaticanas por Francisco Alberti, obispo de La Plata, fiel ejecutor de las políticas de "romanización". La imposibilidad de llegar a un acuerdo hizo que la sede porteña permaneciera acéfala durante cuatro años, mientras las campañas de desprestigio contra De Andrea -se lo acusaba de manejo fraudulento de fondos eclesiásticos, de irregularidades en su vida

¹³ Citado por Néstor T. Auza: *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, 3 Proyecto Episcopal y lo Social, Buenos Aires, Ediciones Docencia-Don Bosco, 1988, p. 36.

¹⁴ En 1897 se crearon las diócesis de Santa Fe, Tucumán y La Plata y entre 1907 y 1910 las de Santiago del Estero, Catamarca y Corrientes.

¹⁵ En la postulación de Miguel De Andrea no fue ajena la influencia ejercida por la cuñada del presidente, la futura marquesa pontificia María Unzué de Alvear; Jorge Emilio Gallardo: *Conflicto con Roma (1923-1926). La polémica por Monseñor De Andrea*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2004.

privada- alcanzaban las páginas de los diarios. Pero también las presiones a su favor llegaban a Roma.¹⁶

Ante la situación, la Santa Sede designó Administrador Apostólico -en la práctica una intervención- a Juan Agustín Boneo, obispo de Santa Fe y opositor a la candidatura de Miguel De Andrea. La medida del Vaticano fue considerada por el gobierno como un desconocimiento del derecho de patronato: el nuncio Juan Beda di Cardinale, declarado persona no grata, debió abandonar el país. Tras un dictamen de la Corte Suprema, el gobierno desconocía la designación y privaba de haberes al Arzobispado de Buenos Aires. Cuando todo anunciaba la ruptura con Roma, las mediaciones comenzaron a dar sus frutos. A fines de 1926 llegaba al país el nuevo nuncio Felipe Cortesi y, al año siguiente, finalizaba la crisis del Arzobispado con el nombramiento del franciscano José María Bottaro, superior de la orden. La elección de Bottaro se debió tanto a su prestigio, como a su avanzada edad y a su frágil salud. Un breve obispado podía garantizar el tiempo necesario para la reorganización de la Iglesia argentina. En dicha reorganización, Copello estaba llamado a cumplir un papel esencial.

II. COPELLO, ARZOBISPO DE BUENOS AIRES: LA CONSTRUCCIÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA ARGENTINA

De La Plata a Buenos Aires

A fines de los años veinte, la trayectoria de Copello conoció un notable giro. En 1927 fue designado Vicario General del Ejército, y en 1928, segundo Obispo Auxiliar de Buenos Aires, cargos que desempeñó simultáneamente. Además, la fluida relación que Copello mantenía con el nuncio Cortesi era algo más que una amistad personal: significaba el apoyo de la Santa Sede a las gestiones de reordenamiento eclesiástico.

La designación de Copello como segundo Obispo Auxiliar sorprendió a la feligresía porteña. Poco tiempo antes, Bottaro había elegido como Vicario y Obispo Auxiliar a Fortunato Devoto, prestigioso por su trayectoria en el Arzobispado y por su reputación como astrónomo. Se pensó que, de esta manera, Bottaro elegía a su sucesor. Pero los

¹⁶ “Influyentes señoras argentinas”, cuyas fortunas estaban dedicadas a las obras eclesiásticas, movilizaban sus presiones a favor de De Andrea visitando en Roma a funcionarios vaticanos. También en París, intentaron la mediación de monseñor Baudrillart quien calificó al conflicto como un “juego de damas”. Esto fue reconocido en sus Memorias por Angel Gallardo, canciller de Alvear, Jorge Emilio Gallardo: *Conflicto con Roma (1923-1926)*..., pp. 147-189.

acontecimientos fueron por otros carriles. Copello ganó peso y sobre él cayeron las mayores responsabilidades. Durante las prolongadas ausencias de Bottaro, Copello quedaba a cargo del Arzobispado. Sus medidas mostraban los rasgos que aspiraba imprimir a la Iglesia: la fundación de parroquias, las recomendaciones sobre "el buen orden administrativo", el reordenamiento de la Curia, y la creación de la Acción Católica Argentina. Incluso, el título de un artículo de la *Revista Eclesiástica*, "De algunos medios coercitivos fáciles para los superiores eclesiásticos,"¹⁷ era revelador de la orientación a seguir.

En julio de 1932, tras la renuncia de Bottaro por su estado de salud, los canónigos de la Catedral confirmaron a Copello como Vicario Capitular, convalidando la sucesión. Al mes siguiente, el Senado lo colocaba en el primer puesto de la terna¹⁸. Poco después, llegaban las Bulas Pontificias preconizándolo como Arzobispo de Buenos Aires. Una vez que la Corte Suprema hubo dado su acuerdo a los documentos papales, Copello debió protagonizar tres ceremonias. En primer lugar, el 15 de diciembre, en la Casa de Gobierno hizo el juramento constitucional -"seré fiel a la Nación reconociendo su soberanía y alto patronato"- ante el presidente Justo. En segundo lugar, el 16 de diciembre, en la Nunciatura, hizo su profesión de fe y prestó el juramento antimodernista. Por último, el 18 de diciembre, en la Catedral, tuvo lugar la imponente ceremonia de toma de posesión de la Arquidiócesis.

Recién consagrado, Copello partió a Italia acompañado por Gustavo Franceschi.¹⁹ En Génova, a comienzos de 1933, visitó el pueblo de sus padres, en donde fue recibido en triunfo por parientes, vecinos y autoridades quienes le regalaron el anillo episcopal. En retribución a los homenajes, Copello visitó la sede local del Partido Fascista. Pero el objetivo del viaje era Roma. En el Vaticano, tras una entrevista con Pío XI, tuvo una reunión más sustanciosa con el cardenal Eugenio Pacelli, Secretario de Estado, donde se trazó el futuro de la Iglesia argentina.

El proyecto eclesial

¹⁷ *REABA*, 385, julio de 1931, pp. 416-416.

¹⁸ Obtuvo el primer lugar con 21 votos (Serrey, Patrón Costa, Sánchez Sorondo, Santamarina, Castillo, Lubay Galíndez, Ceballos, Vidal, Vera Campo, Ceballos Reyes, Bruchman, Montenegro, Porto, López Peña, Villafañe, Rothe, Vera, Arenas, Arancibia Rodríguez y Rodríguez Saa). Matienzo insistió en votar a De Andrea y Laurencena a Duprat. Correa. De la Torre y Palacios se abstuvieron de votar.

¹⁹ Gustavo Franceschi, director de *Criterio* y prestigioso intelectual, fue el principal "soporte ideológico" de la gestión de Copello.

En diciembre de 1932, Copello había dado a conocer su primera Carta Pastoral en la que esbozaba su proyecto de gobierno. Su intención de construir dentro del catolicismo un "pensar y sentir acordes con la Iglesia jerárquica" implicaba no sólo el reconocimiento de disidencias, sino el objetivo de edificar un sólido cuerpo eclesiástico. Era necesario también que el catolicismo tuviese una fuerte presencia en la sociedad. A partir de una marcada concepción integrista, Copello reconocía como objetivo de su función episcopal "la dirección de las inteligencias y la formación moral del pueblo" que le había sido encomendado. Era necesario asegurar la presencia mediante la creación de parroquias, células de la Acción Católica, disciplinados ejércitos de catequistas. Con espíritu de cruzada, Copello podía señalar que "en esta lucha por la defensa de la religión se deben usar todos los medios humanos legítimos que están a nuestra mano."²⁰ Era necesario penetrar en los menores gestos de los actos cotidianos, que la religión se mostrase en las calles²¹ y se transformase en el principio organizador del universo social. Catolicismo y nacionalidad debían ser sinónimos no simplemente declarados sino establecidos en una práctica militante. Para ello debía reformularse la relación con el Estado. No se trataba de encontrar un *modus vivendi*, sino que era necesario ir más allá: el Estado debía ser el mediador entre la Iglesia y la sociedad.

La reforma eclesiástica de 1934

El punto de partida fue implementar un proyecto que ya circulaba desde los años veinte: una nueva organización para la Iglesia argentina. Con aprobación del gobierno de Justo, Pío XI promulgó la Bula *Nobilis Argentina Ecclesia*: las once diócesis existentes se aumentaron a 21, de las cuales siete fueron elevadas a la categoría de arzobispado. Con esto se cubrían varios objetivos. En primer lugar, las circunscripciones eclesiásticas se adecuaban más acabadamente a las político-administrativas del país. En segundo lugar, dado el carácter vitalicio de la función episcopal, la reforma permitía la renovación del Episcopado. Podía ascender al obispado un nuevo tipo de clérigo, tanto por su formación como por su origen social,

²⁰ "Primera Carta Pastoral", Santiago Luis Copello: *Cartas Pastorales...*, p. 15-26.

²¹ Sobre la ocupación católica del espacio público ver, entre otros, Luis Alberto Romero: "Católicos en movimiento: activismo en una parroquia de Buenos Aires 1935-1946", *Estudios Sociales*, 14, 1998; Miranda Lida: "El catolicismo de masas en la década de 1930. Una revisión historiográfica" en Cynthia Folquer y Sara Amenta: *Sociedad, cristianismo y política. De la colonia al Siglo XX.*, Tucumán, UNSTA, 2009; Miranda Lida y Diego Mauro (coordinadores): *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina, 1900-1950*; Rosario, Prehistoria, 2009; Diego Mauro: *De los templos a la calle*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2010.

sin compromisos previos –pocos de los nuevos obispos fueron designados en su diócesis de origen- y compenetrado con el modelo eclesiástico que se aspiraba a imponer.²²

Esto no dejó de producir resistencias. Cuando el Vaticano solicitó la renuncia del obispo de Salta, Julio Campero y Aráoz, para reemplazarlo por el salesiano Roberto Tavella, prácticamente se sublevaron el clero y la feligresía salteña. Pero las protestas ya no tenían cabida: era inflexible la decisión de consagrar obispos a clérigos subordinados a una disciplina de la que Copello era su más cabal intérprete.

Copello, primer Cardenal hispanoamericano

La reconstrucción de la Iglesia implicó una reformulación del papel del Obispo. El ritual episcopal - según el modelo monárquico impulsado por el Vaticano- acentuó las formas de representación del poder. Copello no se fatigaba en reiterar cuál era la posición del episcopado -"la más alta en el rango de la Jerarquía divina, sacerdocio completo y soberano en tal grado, que sólo existe uno más augusto: el del Eterno y Sumo Sacerdote, Cristo Jesús"-, mientras definía a los obispos como "majestuosa aristocracia."²³ Incluso, el ritual que rodeaba a Copello conoció una notable complejidad cuando, en diciembre de 1935, el Papado lo reconoció como Príncipe de la Iglesia, al otorgarle el título de Cardenal. Era además el primer Cardenal hispanoamericano. A partir de ese momento, su designación oficial fue la de "Santiago Luis, del Título de San Jerónimo de los Ilirios, de la Santa Romana Iglesia Presbítero Cardenal Copello, Arzobispo de Buenos Aires". De acuerdo al protocolo, todos debían dirigirse a él en términos de "Su Eminencia Reverendísima."

Los homenajes que rodearon su consagración fueron significativos del nuevo rango. Tras la ceremonia celebrada por Pío XI en la Basílica de San Pedro –que Copello compartió con otros como Isidro Gomá, Arzobispo de Toledo, y Henri Baudrillart, rector del Instituto Católico de París- comenzaron los reconocimientos a su dignidad principesca. Resultó notable el banquete que el embajador Carlos de Estrada ofreció en su homenaje. Según las crónicas, los salones estaban adornados con rosas rojas, el color

²² Susana Bianchi: "La conformación de la Iglesia católica como actor político-social: El episcopado argentino (1930-1960)" en Susana Bianchi y María Estela Spinelli (comp.): *Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina contemporánea*, Tandil, Instituto de Estudios Histórico-Sociales, 1997; Susana Bianchi: "La construcción de la Iglesia católica argentina como actor político y social, 1930-1960", *Prismas*, 9, 2005.

²³ Santiago Luis Copello: *Cartas pastorales...*, p. 185.

cardenalicio. Entre los invitados figuraban miembros de la nobleza europea y descollantes figuras del clero romano: cada prelado que llegaba a la residencia era escoltado hasta los salones por dos lacayos que portaban enormes candelabros.

El retorno al país también fue representativo de su posición. Tras dos escalas -una en Río de Janeiro, en donde fue homenajeado por el arzobispo Leme, su antiguo condiscípulo en el Colegio Pío Latinoamericano, y otra en Montevideo- el nuevo cardenal arribó al puerto de Buenos Aires en donde fue recibido con honores protocolares de príncipe. Lo esperaban, junto con un batallón de la Escuela de Mecánica de la Armada y su banda, el ministro de Relaciones Exteriores Carlos Saavedra Lamas, el nuncio Cortesi, el intendente Mariano de Vedia y Mitre, jefes militares, el Episcopado argentino en pleno y los arzobispos de Asunción y de Sucre. Copello descendió del barco solemnemente por una alfombra roja entre las filas que formaban la tripulación. Con un cortejo de carrozas, escoltado por los Granaderos a Caballo, recorrió las calles de Buenos Aires, hasta la Catedral. Frente a la Plaza de Mayo, iluminada especialmente para la recepción, un batallón del Regimiento 3 de Infantería hacía guardia de honor. Copello entró en la Catedral con capa cardenalicia, seguido por el obispo auxiliar Fortunato Devoto, el recién designado gentilhomme Andrés Luis Copello -su sobrino- que vestía capa negra y espada revestida de marfil, prelados y sacerdotes con roquete. La catedral estaba colmada de autoridades y fieles.

En los años siguientes, los homenajes se perpetuaron en distintas ocasiones, como cuando debió viajar a Roma, en 1939, para participar del cónclave que eligió a Eugenio Pacelli como Pío XII. En todas las oportunidades en que fue designado Legado Papal para diversos Congresos Eucarísticos (en Paraguay, 1937; Uruguay, 1938; Chile, 1941, entre otros) se le otorgó, según el protocolo, el ceremonial correspondiente al representante del Sumo Pontífice. Variadas oportunidades le permitían desplegar el estilo principesco, cuando desde el Salón del Trono del Arzobispado, rodeado de su corte prelatia, Copello presidía ceremonias que tenían como centro a su persona. Así, por ejemplo, en 1938 fue homenajeado por el Colegio de Párrocos por haber erigido un número de parroquias que pasaban del centenar, entregándosele un pectoral confeccionado con joyas que habían pertenecido a sus padres. No sólo se celebraban sus obras sino también los acontecimientos de su vida privada, dando lugar a un marcado personalismo: en 1936, en el festejo de su onomástico, los directivos de colegios católicos le entregaron como obsequio su propio busto de bronce. El 8 de diciembre de

1941, el cincuentenario de su primera comunión, dio lugar a lucidos festejos. Su nombre y el de su familia -en particular de su hermana Ángela y el de su madre- sirvieron para designar colegios, becas, premios, jardines de infantes y obras de beneficencia. No había dudas que Copello ocupaba la posición más elevada en la Iglesia católica argentina.

El ascenso de Copello al cardenalato fue considerado como un reconocimiento por el éxito del Congreso Eucarístico de 1934, aunque en rigor la idea de consagrar a un cardenal argentino ya rondaba en las filas vaticanas desde tiempo antes²⁴. Pero había algo más. Una Iglesia que debía fortalecer sus estructuras necesitaba tener una cabeza indiscutible. Ese lugar debía ser ocupado por un Príncipe de la Iglesia. De esta manera, toda duda acerca del papel que debía cumplir Copello fue disipada en 1939, cuando además fue designado Primado de la Iglesia. Él era el responsable de su organización y, fundamentalmente, de su disciplina.

La unidad del catolicismo

Bajo el mandato de Copello, el cuerpo episcopal comenzó a funcionar con regularidad. Las reuniones plenarias comenzaron efectuarse anualmente para uniformar el funcionamiento eclesiástico. Desde 1936, se organizó la Comisión Permanente del Episcopado que bajo la presidencia de Copello se reunía tres veces al año, para resolver asuntos urgentes con criterios comunes. Dentro del Arzobispado, el clero quedó sometido a una disciplina desconocida hasta ese momento. Después que Copello realizó la Visita Canónica de 1937, todas las actividades de los sacerdotes diocesanos -la asistencia a los retiros espirituales y a las conferencias mensuales, los exámenes que debían rendir periódicamente, la dirección de las parroquias y los más mínimos aspectos de la administración de los ritos- quedaron cuidadosamente reglamentadas.²⁵

Además, en una sociedad cada vez más compleja era necesario crear símbolos congregantes: asegurar la disciplina de los fieles en la unidad del rito. Para Copello, un objetivo esencial fue la unificación alrededor de las devociones que impulsaba el Papado: el culto mariano y el culto al Sagrado Corazón de Jesús, devoción esta última, que todavía generaba resistencias entre los católicos más ilustrados. Pero Copello no

²⁴ La propuesta de elevar a un argentino al cardenalato fue una de las cuestiones planteadas en las tramitaciones del conflicto de los años veinte, .Jorge Emilio Gallardo: *Conflicto con Roma (1923-1926)*..., p. 51.

²⁵ Santiago Luis Copello: *Cartas pastorales*..., pp. 91-103.

sólo estaba dispuesto a apagar estas resistencias. La uniformidad de los ritos permitía además que los fieles compartieran sentimientos de de unidad y estabilidad, de allí la necesidad de eliminar todo particularismo: siguiendo las directivas vaticanas, en las celebraciones públicas se impuso el canto gregoriano, como “canto llano” que debía ser entonado por los manifestantes como única forma de expresión.²⁶ De este modo, en la celebración de Corpus Christi, en la Plaza de Mayo, el *Tantum Ergo* -cantado en latín y propagado desde altoparlantes en una curiosa síntesis de arcaísmo y modernidad- unificaba a los fieles en un solo cuerpo. Pero la restauración del canto gregoriano, reconstruido pacientemente por los monjes benedictinos de la abadía de Solesme en Francia, también permitía acentuar la solemnidad de un ritual que remitía a un remoto pasado, a las “maravillas de la Edad Media”, reinventado la inmutabilidad del catolicismo.²⁷ En este aspecto, Copello contó con la colaboración de su amigo Antonio Solari -designado más tarde Obispo Auxiliar- quien se había especializado en Europa en estudios de música sacra.

Para que las prácticas religiosas salieran del reducido ámbito de los templos, se intensificaron las peregrinaciones. Copello asumió personalmente la tarea de revitalizar las peregrinaciones a Luján,²⁸ al mismo tiempo que las procesiones, las "misiones" y las manifestaciones de los fieles ocupaban las plazas y las calles de la ciudad. Sin embargo, para que el catolicismo llegara a todos, en una ciudad que se expandía rápidamente, era necesario crear una red de focos difusores que cubriera todo el ámbito urbano. Para ello, Copello tuvo como objetivo prioritario la creación de nuevas parroquias. Buenos Aires que contaba con 27 parroquias en 1920, pasó a tener 67, en 1930; 106, en 1940, y 122, en 1950. Es cierto que a partir de 1945 el ritmo de las fundaciones decreció. El obstáculo era el escaso número de clérigos: en 1946, Copello reconocía que "cuando, ya sea nuestros colaboradores en las parroquias, o las

²⁶ Miranda Lida: “Hacia una liturgia de masas. Prensa católica, mercado y canto gregoriano en Buenos Aires (1874-1934)”, ponencia presentada en *Seminario de Historia de la Iglesia*, Instituto Ravignani, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 10 de septiembre de 2004.

²⁷ En 1903, el Motu Proprio de Pío X *Tra le sollecitudini* había reimplantado el canto litúrgico, para “la participación activa en los sacros santos misterios y en la oración pública y solemne de la Iglesia”. La disposición fue seguida de una serie de Congresos sobre canto gregoriano que culminaron con la creación del Instituto Gregoriano en París en 1924 para la formación de especialistas, R.P. Didier Bonnetterre: *El movimiento litúrgico*, Buenos Aires, Icton, 1982; sobre las misas solemnes en el Arzobispado de Buenos Aires, “Sobre la Sagrada Eucaristía y otras disposiciones” (1938), Santiago Luis Copello: *Cartas Pastorales...*, p. 98.

²⁸ “Ad Jesum per Mariam”, Santiago Luis Copello: *Cartas Pastorales...*, p. 67.

instituciones y las obras, nos piden sacerdotes para atenderlas convenientemente, no podemos acceder a sus pedidos, por falta de sacerdotes."²⁹

El problema se encontraba en la "crisis de las vocaciones." Decidido a encontrar una solución, en 1935, Copello había creado las becas que llevaban su nombre con el objetivo de reclutar entre los sectores de menos recursos. En 1937, fundó el Pre-Seminario para niños de 9 a 12 años ya que pensaba que aislándolos de los riesgos del mundo era posible sostener "tempranas vocaciones".³⁰ Al año siguiente comenzó a funcionar la Obra de las Vocaciones -presidida por Adelia María Harilaos de Olmos- cuyos objetivos eran "la plegaria fervorosa para que Dios envíe dignos operarios" y, con criterio más realista, "aportar recursos al Seminario Metropolitano"³¹. Sin embargo, el problema no parecía encontrar una solución y la falta de sacerdotes diocesanos debía ser suplida por los miembros de las congregaciones religiosas.

También Copello dirigió su atención a estas congregaciones, sobre todo, a las femeninas, dispuesto a que acataran su autoridad. Ya en 1937, Copello tomó una serie de disposiciones tendientes a unificar funcionamientos administrativos. Sin embargo, las dificultades no desaparecieron. Las disposiciones no dejaban de reiterar que las Superiores estaban obligadas a acatar reglas: "No pueden negar la existencia de documentos y mucho menos esconderlos o hacerlos desaparecer. Y al mencionar documentos me refiero a escritos, recibos y libros de cuentas. Estos fraudes han de ser castigados."³² Pero tal vez su acción más significativa en este aspecto fue, junto con Natalia Montes de Oca, la fundación de una nueva congregación, llamada -no accidentalmente- Compañía del Divino Maestro Auxiliares de la Jerarquía. Vinculada a la Acción Católica, su objetivo era la formación religiosa de las mujeres.

La Acción Católica Argentina

También las actividades de los laicos entraron bajo un estricto control. En 1939, por ejemplo, los Cursos de Cultura Católica³³ –que tenían como objetivo formar una elite

²⁹ Santiago Luis Copello: *Cartas Pastorales...*, p. 235.

³⁰ Santiago Luis Copello: *Cartas pastorales...*, p. 87.

³¹ Santiago Luis Copello: *Cartas Pastorales...*, p. 103.

³² *REABA*, julio de 1942, p. 407.

³³ Olga Echeverría: "Los intelectuales católicos hasta el golpe de estado de 1930: la lenta constitución del catolicismo como actor autónomo en la política argentina" y Susana Bianchi: "La conformación de la Iglesia católica como actor político-social. Los laicos en la institución eclesiástica: las organizaciones de elite (1930-1950), *Anuario del IEHS*, 17, 2002.

intelectual católica- perdieron su autonomía quedando bajo la estrecha supervisión del Arzobispado. Pero lo más notable sin duda fue la formación de la Acción Católica Argentina. En 1930, siguiendo las instrucciones papales, Copello -a cargo del Arzobispado por ausencia de Bottaro- había comenzado su organización, unificando a las distintas asociaciones que debían quedar subordinadas a la jerarquía eclesiástica. La iniciativa despertó resistencias: en un primer momento pareció que iban a reiterarse los problemas que había suscitado la Unión Popular. Pero las respuestas a las resistencias revelaban el carácter de la nueva organización. "Ellos (los dirigentes) son los jefes del ejército laico, por derecho de vocación y de esfuerzo. Los demás, según la misma norma de colaboración, serán los jefes secundarios o simples soldados. Tal cual ocurre en cualquier ejército"³⁴ En síntesis, ya no había espacio para disidencias.

De este modo, el Episcopado daba a conocer, en abril de 1931, una Pastoral Colectiva por la que declaraba a la Acción Católica oficialmente instaurada en el país. Como acto inicial, Copello designó a los miembros de la primera Junta Nacional, presidida por Martín Jacobé y con la asesoría eclesiástica de Antonio Caggiano. Ese mismo año, el 4 de junio se inauguraba el primer Círculo de la Acción Católica en la parroquia del Santísimo Redentor. A comienzos de 1932, Copello se dedicó a trazar el plan de actividades: "¿En qué debe consistir la acción para este año? En la organización parroquial de las juntas y asociaciones parroquiales, en la formación y adiestramiento de los socios de la Acción Católica para el apostolado".³⁵ De esta manera, en 1933, en 74 de las de las 79 parroquias porteñas funcionaban Centros de la Acción Católica organizados según sexo y edad.³⁶

Pero el objetivo no era solo ganar almas. La Acción Católica tenía también que transformar al catolicismo en el principio fundador de la sociedad. Para ello, en 1934, Copello creaba el Secretariado Económico-Social de la Acción Católica, bajo la dirección de Francisco Valsecchi, con la asesoría de Gustavo Franceschi. Su objetivo era atender los problemas sociales, y "promover una legislación social y económica inspirada en los principios cristianos, comenzando con las leyes protectoras de la

³⁴ Alceste Bozuffi: "Relaciones entre la Acción Católica y las Asociaciones Religiosas en un documento pontificio", *REABA*, 1931, p. 516-517.

³⁵ *REABA*, 1932, p. 378.

³⁶ Sobre organización y evolución de la ACA, Omar Acha "Notas sobre la evolución de la afiliación cuantitativa de la ACA, 1930-1960", en línea. Disponible en <http://historiapolitica.com> [último acceso 30-01-2012].

familia obrera y rural".³⁷ En esta línea, desde mediados de la década del treinta, la lucha por la enseñanza religiosa y por el salario familiar marcaron las acciones.

En la organización de la Acción Católica –más allá del triunfalismo de los discursos- no siempre las cosas fueron fáciles. Copello debió advertir muchas veces sobre la necesidad de darle a su organización un mayor impulso y fundamentalmente debió advertir sobre la necesidad de la obediencia a los mandatos jerárquicos. Recién en 1940, es decir a nueve años de haber sido formada, pudo reunirse un número suficiente de delegados de todo el país en la Primera Asamblea Nacional. Pero pese a los rezagos, Copello podía darse por satisfecho: la Acción Católica se mostraba ya como una milicia cuyo peso no se podía desconocer.

II. LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN CATÓLICA

La Cruz y la Espada

Copello había sido designado Vicario General del Ejército Argentino, con el grado de Coronel, a mediados de 1927. Y desde esta posición pudo reformular la relación de la Iglesia con los militares. El tema del vínculo entre la Iglesia y las Fuerzas Armadas tenía larga data dentro del pensamiento católico. Las revoluciones de 1848, como lo señalara Donoso Cortés en 1850, habían mostrado como el "monstruo podía salir de su cueva", sólo la unión de la cruz y de la espada podían transformarse en la garantía del orden. Empero, en la Argentina, todavía resultaba una cuestión novedosa: el Ejército era una institución secularizada, con tradiciones liberales y vínculos con la masonería. Sin embargo, la posibilidad de un encuentro se dio -como lo anunciara Donoso Cortés- a partir del temor compartido ante los conflictos sociales.

Desde 1928, el Círculo Militar comenzó a organizar conferencias a cargo de sacerdotes, cuyo tema -el peligro del comunismo- revelaba las preocupaciones. Sin embargo, la atención de Copello estaba puesta, más que en los vínculos intelectuales, en la creación de redes que permitieran una influencia más profunda en todos los niveles de la institución militar. En agosto de 1928, Copello solicitó al Ministerio de Guerra, a cargo del general Justo, la donación de un terreno para levantar una Iglesia militar, dado que los Capellanes carecían de "un local adecuado donde poder desempeñar, con la

³⁷ REABA, 1934, p. 429.

independencia necesaria, las funciones de su ministerio."³⁸ La Iglesia, que debía contar con un salón de reuniones y una biblioteca especializada, se colocaba bajo la advocación de Nuestra Señora de Luján, imagen que refería claramente a los contenidos católicos de la nacionalidad. Esta advocación, como las inscripciones de las campanas, - "Benedicid Nuestra Patria, Señor de los Ejércitos", "Sagrado Corazón de Jesús, confiamos en Vos", "Nuestra Señora de Luján, rogad por nosotros"- eran claros indicios de los nuevos aires que asumía la Iglesia. En octubre de 1930, cuando la Iglesia castrense fue inaugurada, las presencias en la ceremonia del general Uriburu y del nuncio Cortesi señalaban la importancia que se le otorgaba.

Copello también procuró una organización más acabada del cuerpo de capellanes.³⁹ En 1930 obtuvo la incorporación de los capellanes al escalafón militar: al formalizarse las relaciones institucionales los vínculos que quedaban liberados de las vicisitudes de la política. También hubo una cuidada selección de quienes ejercerían la función. En este sentido, resulta significativa la designación del presbítero González Paz, de abiertas posiciones militaristas y nacionalistas, como capellán en Campo de Mayo, principal guarnición militar del país. Pronto pudieron verse los resultados: la "misa del conscripto" que Copello celebraba personalmente desde 1929, las campañas de bautismos y comuniones entre los soldados podían considerarse pruebas notables. También se mostraban vínculos entre las cúpulas: cuando, en mayo de 1930, Copello presidió la Comisión Organizadora de la peregrinación a Luján, la *Revista Eclesiástica* no podía dejar de señalar que "Una nota simpática de esta intensa manifestación de fe es la presencia de 200 conscriptos del regimiento 3 de Infantería, quienes con su Bandera, Jefes y Oficiales quisieron asociarse al homenaje." Ese mismo año, Copello entronizó una imagen de la Virgen de Luján - por él mismo donada- en uno de los regimientos de caballería y al año siguiente, fue el responsable de la bendición de las nuevas instalaciones militares en Palermo.

En noviembre de 1932, Copello podía recoger los frutos. Un grupo de almirantes y generales asistieron a una Misa en la Catedral. Sus objetivos eran claros: "En presencia de los renunciamientos y rebeldías que se pretenden infiltrar en el pueblo de la República, a pesar del sentimiento cristiano que emerge de nuestra Constitución y del

³⁸ REABA, 1928, p. 532.

³⁹ Loris Zanatta: *Del Estado liberal a la Nación católica*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

espíritu de las leyes que la codifican, los Generales y Almirantes de la Nación han estimado oportuno exteriorizar mediante una ceremonia religiosa, su invariable fe en los principios de la moral cristiana, fe que se sienten orgullosos de profesar porque ella tutela los hogares de sus conciudadanos, plasma lo que de generoso y noble encierra el alma de la juventud que pasa anualmente por los institutos armados prestando juramento de fidelidad a la bandera, y dando solidez y estructura a la familia argentina aleja de la patria dañosas asechanzas al par que consolida su seguridad."⁴⁰ De esta manera, Copello recibió en el Palacio Arzobispal, la mañana del 20 de noviembre, a más de cincuenta Generales y Almirantes en uniforme de gala, encabezados por el Presidente de la Nación y los Ministros de Guerra y de Marina. Se dirigieron luego a la Catedral donde se encontraban congregados cientos de oficiales con sus familias. Copello celebró la misa y posteriormente se colocó una ofrenda floral en el mausoleo del general San Martín. El rito parecía sellar una unión que, poco después, fue ratificada en el Congreso Eucarístico Internacional.

A comienzos de 1933, Copello renunciaba a su cargo militar, para quedar al frente del Arzobispado porteño. Su obra fue continuada por Antonio Caggiano, quien profundizó relación entre la Acción Católica y las Fuerzas Armadas, y posteriormente por su amigo Andrés Calcagno, el primer Vicario del Ejército dedicado exclusivamente a esta función. Esto no significó que Copello interrumpiera sus contactos militares. Desde 1934, asistió especialmente invitado a los desfiles en la celebración del 9 de julio. Pero hay algo aún más significativo: Copello era el responsable de la bendición de los sables de los subtenientes egresados del Colegio Militar, ceremonia que comenzó a efectuarse desde 1935. De esta manera, la Iglesia bendecía nuevamente las espadas de los defensores de la cristiandad.

Construyendo el Estado católico

En diciembre de 1925, Pío XI analizaba la situación de la Iglesia católica: "Todavía no se disuelven los obstáculos en algunas repúblicas como la Argentina, Checoslovaquia y Yugoslavia, en donde ¿qué otra cosa hemos hecho sino defender el honor de Dios y los Sagrados derechos de la Iglesia, que son al mismo tiempo los derechos de Dios y de las almas? Esto mismo haremos en lo venidero, esperando

⁴⁰ REABA, 1932, pp. 764-765.

reconocimientos justos."⁴¹ El Papa aludía a la situación del Arzobispado de Buenos Aires. Pero había más. La encíclica que instituía la fiesta de Cristo Rey proponía objetivos -"no se nieguen los jefes de las naciones a rendir público testimonio de reverencia y de obediencia al imperio de Cristo juntamente con sus pueblos, si quieren la incolumidad de su poder, el incremento y el progreso de la patria."⁴² que en la Argentina era todavía difíciles de alcanzar.

El gobierno de Alvear no parecía dispuesto a conceder demasiados los espacios. Incluso, una vez superado en conflicto con el Vaticano, en la recepción al nuncio Cortesi, Alvear había marcado los límites: "La ecléctica amplitud de criterio, característico del espíritu público argentino, permite la unificación dentro de las disposiciones constitucionales, de los elementos inmigratorios de diversa procedencia que tanto han contribuido a nuestro progreso. Gracias a este espíritu tolerante nunca se han producido entre nosotros luchas religiosas."⁴³ Sin embargo, Copello estaba dispuesto a modificar esa situación: el "espíritu tolerante" debía ser reemplazado por el dominio de Cristo Rey. En esta línea -si bien el episcopado había cumplido con los requisitos protocolares en la asunción al gobierno de Hipólito Yrigoyen- ya desde fines de 1928, participaba del clima golpista. En diciembre una Pastoral denunciaba el desorden que subvertía las tradiciones y exigía a los gobernantes "una mayor penetración del espíritu cristiano."⁴⁴

El 6 de septiembre de 1930, Copello celebró el triunfo de Uriburu ordenando que las Iglesias de Buenos Aires iluminaran sus fachadas. Pronto se encontraron señales que parecían anunciar una nueva etapa para el catolicismo. La presencia de Uriburu en la inauguración de la Iglesia castrense, y el 8 de diciembre de ese mismo año siguiendo la procesión de la Inmaculada Concepción desde los balcones de la Casa de Gobierno eran indicios favorables. En muchos aspectos, Copello podía considerar que el gobierno de Uriburu ratificaba el proyecto de transformar al Ejército en un medio para "catolizar" la sociedad. Sin embargo, el panorama no dejaba de plantear problemas. El llamado de

⁴¹ "Alocución de S.S. Pío XI en el Consistorio Secreto del 14 de diciembre de 1925", *REABA*, 310, 20 de febrero de 1926, p. 156.

⁴² "Carta Encíclica de S.S. Pío XI" (1925), *REABA*, marzo de 1926, p. 312.

⁴³ *REABA*, 329, diciembre de 1926, p. 666.

⁴⁴ *Criterio*, 27 de diciembre de 1928.

Uriburu a Lisandro de la Torre, de explícitas posiciones anticlericales, era una advertencia sobre la debilidad de las posiciones alcanzadas.

En rigor, la Iglesia católica carecía de un proyecto político alternativo. Es cierto que muchos insistían en las ventajas del corporativismo; sin embargo, las declaraciones no incluían propuestas prácticas. El Partido Popular, creado por una minoría católica en 1927, era ignorado incluso por la prensa confesional. Por su parte, Copello evitaba toda definición. En rigor, no parecía desear cambios drásticos sino simplemente un Estado conservador que garantizara el orden social y aceptara a ser impregnado con sus enseñanzas. De un modo u otro, la revolución de 1930 se transformó en un símbolo. Cuando en 1932 llegaron a Buenos Aires los restos de Uriburu, fallecido en Europa, Copello ordenó que las campanas de todas las iglesias porteñas doblaran durante media hora en adhesión al duelo. Durante varios años, cada 6 de septiembre Copello celebró en la Catedral la misa conmemorativa por los caídos en la revolución. El golpe militar se transformaba en un modelo.

Para Copello, la sucesión de Uriburu no planteó dudas.⁴⁵ Justo era un militar católico, pero además no había opción: la Alianza Democrática representaba al enemigo. Ante la disyuntiva, en octubre de 1931, una insólita Pastoral colectiva prohibía a los católicos sufragar por candidatos que sostuvieran la separación de la Iglesia y el Estado, el divorcio y la enseñanza laica. En síntesis, el Episcopado ordenaba por quién votar. Por su parte, Justo descubría en la Iglesia un sustento: la dudosa legitimidad de su gobierno podía ser equilibrada por el apoyo de una Iglesia cada vez más compenetrada con el Ejército.

A partir de ese momento, la presencia de Copello en el ámbito público se transformó en un elemento constante. El Arzobispo, junto con el presidente Justo y las más altas autoridades nacionales, asistió a todos los actos ofrecidos en honor de Getulio Vargas, a la Conferencia Comercial Panamericana, a la recepción en el Jockey Club que se ofreció al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, a las inauguraciones de la Exposición Nacional de Ganadería, a las aperturas del período de sesiones del Congreso, al banquete ofrecido a Roosevelt en la Conferencia Interamericana de la Paz, al Congreso Internacional de Historia Americana, a distintos actos en la Academia de Letras, a la inauguración del Museo de Arte Decorativo. La presencia de Copello fue

⁴⁵ Loris Zanatta: *Del Estado liberal...*, p. 95.

requerida para bendecir la piedra fundamental de la Estación de Radiodifusión del Estado, el Obelisco, la Plaza de la República, los monumentos a Roca, Avellaneda, Pedro de Mendoza y Urquiza y una amplia variedad de inauguraciones: desde las nuevas instalaciones del Hospital Durand hasta la Casa del Teatro. Diariamente la prensa registraba, a través de Copello, la presencia pública de la Iglesia. Pero también hay datos más significativos. Desde 1935, cada vez con más frecuencia, las misas de campaña se incorporaban a los festejos del 9 de julio, al mismo tiempo que Copello era invitado a bendecir las banderas de las escuelas estatales. El catolicismo cada vez más se identificaba con la nacionalidad. Dentro de esa línea, puede ubicarse uno de los mayores triunfos de Copello: el Congreso Eucarístico Internacional, concentración católica que conmovió a Buenos Aires en octubre de 1934.

El XXXII Congreso Eucarístico Internacional

En 1930, Copello había solicitado al Comité de Congresos Eucarísticos Internacionales que se designara a Buenos Aires sede de la próxima convocatoria. A fines de 1931, llegaba la aprobación de la solicitud firmada por Pío XI. De inmediato, comenzó a organizarse una amplia red nacional encargada de asegurar su éxito.

La distribución de 500.000 volantes explicativos en todo el país, la formación de comités organizativos en cada parroquia y de comisiones de Teología, de Ornamentos, de Música, de Transporte, de Alojamiento y de Publicidad -esta última a cargo de Delfina Bunge de Gálvez y Gustavo Martínez Zubiría-; el establecimiento de la sede del Congreso en la residencia donada por Adelia María Harilaos de Olmos; la selección del distintivo y el concurso para elegir la letra del himno del Congreso; las actividades en cada obispado donde se desarrollaron Congresos preparatorios y comisiones para organizar las peregrinaciones a Buenos Aires anunciaban las dimensiones de la movilización. Audiciones radiales, artículos periodísticos y afiches de propaganda, la rebaja en los precios de los ferrocarriles, preparativos para la ornamentación de la ciudad con arcos luminosos y un altar de 35 metros de altura, la organización de puestos sanitarios previendo grandes aglomeraciones, una emisión extraordinaria de timbres postales a cargo del Correo, y la adhesión pública al Congreso de la soprano Lily Pons y del tenor Tito Schipa -durante una función de gala en el Teatro Colón- se sumaban para crear un clima inédito: la celebración se transformaba en una gran fiesta colectiva que permitiría a los argentinos reflejarse en una escala internacional.

Los resultados obtenidos superaron las expectativas. La llegada del cardenal Pacelli, legado papal, en medio de una imponente escenografía reunió a una multitud pocas veces vista en Buenos Aires. En los días siguientes se repitieron las muchedumbres en la inauguración oficial, en la comunión de los niños, en la concentración los hombres, en la misa de clausura celebrada por Pacelli, y en cada una actividades previstas. Pero una jornada pareció tener particular significado: el 12 de octubre, Día de la Raza, comulgaron 7.000 soldados y su oficialidad, encabezados por Justo, presidente de la República. Esa fecha conmovió profundamente a un testigo, Isidro Gomá, Arzobispo de Toledo: "Terminada la misa, con el Dios de los Ejércitos y de la Paz en sus pechos, aquellos hombres, representantes y defensores de la Patria, en medio de la emoción de un pueblo que los contempla con orgullo, van a glorificar la bandera nacional... Muy cerca de la bandera que subía lentamente hasta el tope del mástil -seis minutos duró la ascensión para que se prolongara aquel clamor imponente- sentíamos el vibrar de pechos y almas de los Obispos y sacerdotes que nos rodeaban cantando el himno nacional, los ojos fijos en la bandera, mientras la oficialidad inmóvil, la saludaba según el rito militar y la multitud ingente la aclamaba con frenesí."⁴⁶ El espectáculo representaba, en toda su teatralidad, el triunfo de la Argentina católica.

Indudablemente para Copello no se trataba de un acontecimiento menor. La Iglesia había demostrado su poder de convocatoria. De esta manera, el Congreso Eucarístico se transformó en un hito siempre evocado y las estrofas fuertemente integristas de su himno -"Dios de los corazones/sublime redentor/domina las naciones/enséñales tu amor"- se continuaron entonando en todas las concentraciones católicas.

El proyecto autoritario

La llegada al poder de Roberto Ortiz no significó una amenaza. Antes de asumir, el nuevo presidente hizo celebrar una misa en la Catedral, invocando el auxilio divino. En la ceremonia se bendijeron la banda y el bastón presidencial. Copello también fue convocado para bendecir la nueva residencia presidencial (agosto de 1938). Además se pudo constatar la actitud favorable de Ortiz, en noviembre de 1939, durante una visita al Seminario. Las razones de la invitación fueron explicitadas por Copello: "La Iglesia y el Estado han trabajado al unísono en la formación de este Seminario... dignaos tomar bajo

⁴⁶ REABA, febrero de 1935, p. 82.

vuestra protección la obra de nuestro Seminario Metropolitano."⁴⁷ Poco después un subsidio estatal permitía finalizar las construcciones.

Durante el gobierno de Ortiz, se mantuvo la presencia pública de la Iglesia. El Cardenal siempre asistió a la inauguración de las Exposiciones Nacionales de Ganadería y de las sesiones del Congreso, mientras que su persona parecía multiplicarse en las inauguraciones de jornadas científicas o deportivas, torneos de ajedrez y exposiciones florales. Además fue requerido para celebrar una misa por el fallecimiento de la esposa de Ortiz, y para bendecir las obras del Club Boca Juniors y de la avenida General Paz que marcaba el contorno de la Capital y del Arzobispado.

También Ramón Castillo se comportó como un presidente católico: en 1942 asistió al Primer Congreso de las Jóvenes de la Acción Católica dando al acontecimiento un relieve nacional. Por su parte, Copello amplió su gama de actividades: en mayo de 1942, asistió a la inauguración de la Cátedra de Clínica Quirúrgica, en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. La clase magistral de su amigo, el doctor Ivanissevich, pudo ser definida como una auténtica una "profesión de fe." Pocos espacios parecían quedar para el laicismo. Sin embargo, todavía había límites. Y esos límites se percibían en la acción de parlamentarios poco dóciles. En 1942, por ejemplo, la comisión investigadora de actividades antiargentinas de la Cámara de Diputados no dudó en denunciar a la Congregación del Verbo Divino, por propaganda nazi en el territorio de Misiones. Si bien el ministro de Relaciones Exteriores, Enrique Ruiz Guiñazú, rechazó los cargos, las desconfianzas quedaron expuestas. En síntesis, el problema estaba en el sistema constitucional, en el poco controlable Congreso nacional.

Las críticas al sistema constitucional, como principal obstáculo para la construcción del Estado católico, se intensificaron en la medida en que el proyecto eclesiástico cobraba una forma más definida. Desde 1931, la encíclica *Quadragesimo Anno* había legitimado el corporativismo. A través de la experiencia italiana, reconocía su riesgo: la excesiva ingerencia del Estado. Sin embargo, consideraba que el peligro podía superarse mediante la participación de los católicos. Es cierto que Copello nunca explicitó sus preferencias políticas. Sin embargo, su vuelco por los Estados autoritarios quedó expuesto en el funeral que celebró en la Catedral, en mayo de 1935, por la muerte del dictador polaco Józef Pilsudski. También a fines de 1936, Copello asumió el

⁴⁷ REABA, enero de 1940, p. 36-37.

espíritu de cruzada que la guerra civil española impuso a muchos católicos. Decidido a colaborar, organizó una colecta para adquirir ornamentos para las Iglesias españolas devastadas. Poco después de la entrega del donativo (abril de 1937), Copello recibía un telegrama de Franco: "Deseo expresar a Su Eminencia con tal motivo un profundo agradecimiento, así como el de cuantos luchan conmigo por ese rasgo de verdadera fraternidad católica que conmueve a todos. ¡Viva la Argentina y arriba España!"⁴⁸

Durante la Guerra Mundial, la neutralidad eclesiástica no ocultaba las simpatías por el Eje. Sin embargo, estas simpatías se basaban en la consideración de los nazifascismos como eficaces barreras contra el avance del comunismo, más que en sus bondades intrínsecas. Los límites impuestos a la Iglesia tanto por Mussolini en Italia, como por Hitler en Alemania -y las consiguientes condenas papales- alertaban sobre sus dificultades. El Estado autoritario y la democracia "orgánica" reclamados por la Iglesia debían construirse sobre otro modelo. Y éste se encontró en el régimen que, desde 1932, Oliveira de Salazar había establecido en Portugal.

Sin embargo, los católicos argentinos no se mostraban dóciles frente a la imposición de un modelo. Ya en mayo de 1936, una Pastoral del Episcopado señalaba que "el verdadero católico ha de acomodar su pensamiento también en los asuntos sociales y políticos a las orientaciones verdaderas y sanas de sus Pastores."⁴⁹ La unanimidad era difícil de conseguir, sobre todo por la aparición de nuevas alternativas. El 19 de agosto de 1936, Copello había asistido a la conferencia dictada por Jacques Maritain en los Cursos de Cultura Católica. Su sorpresa debió haber sido mayor: el filósofo católico había cambiado sus posiciones y en nombre de un nuevo "humanismo" condenaba a los regímenes totalitarios. En esta posición encontraron su aval un pequeño grupo de católicos que comenzaban a definirse a sí mismos como "demócratas cristianos." Empero, esto significó mella para el modelo autoritario que sostenían las posiciones dominantes dentro de la Iglesia.

En esta línea, el golpe del 4 de junio de 1943 fue particularmente bienvenido. La imposición de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas -por la que Copello bregaba desde 1936- y la disolución de los partidos políticos en diciembre de 1943; la designación de funcionarios católicos como Gustavo Martínez Zuviría, Alberto

⁴⁸ REABA, junio de 1937, p. 356.

⁴⁹ REABA, julio de 1936, pp. 433-439.

Baldrich y Rómulo Etcheverry Boneo en el Ministerio de Educación, y la intervención de las Universidades parecían pasos destinados a concretar el proyecto eclesiástico.

Copello y la Historia

En la construcción de la Argentina católica, la Iglesia debía asumir los símbolos de la nacionalidad. Algunos presentaban obstáculos. Así, ante la consulta sobre si se podía tocar o cantar el himno nacional dentro del templo, la respuesta fue ambigua: era posible tocar la música, pero para cantarlo se requería autorización del Obispo ya que la letra no había tenido aprobación previa de la autoridad eclesiástica.⁵⁰ Si el himno inspiraba recelos, no había problemas con el escudo nacional. Ante la pregunta "¿Es lícito bordar en una casulla el escudo nacional?," la respuesta era clara: si se toleraban escudos o blasones de familia, con mayor razón debía aceptarse el escudo patrio⁵¹ La bandera no presentaba obstáculos y Copello dispuso, desde 1950, que fuera colocada junto al altar en las iglesias del Arzobispado.

La Argentina católica necesitaba también una tradición. De Manuel Belgrano se olvidaron sus heterodoxas aficiones, para transformarlo en el prócer católico por excelencia. También la imagen del general San Martín fue reformulada y pudo transformarse en el símbolo del militar católico. Copello pudo así celebrar por primera vez en la Catedral, en agosto de 1932, la misa por el aniversario de su muerte y asociarse a todas las conmemoraciones sanmartinianas. Copello no dudó en considerar a Sarmiento un "educador católico" ni en ordenar una misa por el centenario del fallecimiento de Rivadavia (1945). Olvidando las viejas ofensas, Copello tampoco dudó en publicar su libro *Gestiones del Arzobispo Aneiros en favor de los indios hasta la conquista del Desierto* (1945), en el marco de la Comisión de Homenaje al general Julio A. Roca.

En ésta, como en sus otras obras historiográficas, el objetivo de Copello era claro: mostrar la participación eclesiástica "para atraer a los pobres hijos del desierto al seno de la Iglesia e incorporarlos a la civilización".⁵² En síntesis, la Iglesia había participado en la construcción de la Nación. En esta línea, en 1942 fundaba la Junta de Historia Eclesiástica Argentina con el objetivo de alcanzar "el conocimiento, el

⁵⁰ REABA, octubre de 1935, p. 527-528.

⁵¹ REABA, octubre de 1936, p. 688.

⁵² Santiago L. Copello: *Gestiones del Arzobispo Aneiros en favor de los indios hasta la conquista del Desierto*, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora Coni, 1945, p. 273.

reestablecimiento y la difusión científicamente basada y expuesta de la verdad."⁵³ Poco después se iniciaba la publicación de la revista *Archivum*. Comenzaba así la construcción de la historia de una Iglesia que tenía una trayectoria lineal y sin contradicciones, y en la que el catolicismo podía confundirse con la nacionalidad.

III. DE LA ARGENTINA CATÓLICA A LA ARGENTINA PERONISTA

Si la revolución de 1943 había despertado expectativas, pronto éstas se frustraron. El ascenso de los sectores populistas dentro del gobierno militar limitó la presencia católica. Sin embargo, no todo estaba perdido: como lo había señalado el presbítero Virgilio Filippo, era posible "cristianizar" al peronismo. Se atribuyen a los obispos Caggiano, Tavella y De Carlo -con la aceptación de Copello- los primeros contactos con Perón, quien inmediatamente adoptó las conductas esperadas en un candidato católico. Y a fines de 1945, la reiteración de la Pastoral que orientaba el voto católico ordenaba, sin margen de error, votar a Perón.

Copello y Perón

A pesar de que pronto comenzaron las primeras fricciones con el gobierno peronista -referidas a la aprobación de la ley de Asociaciones Profesionales y al derecho de familia-, Copello prefirió ignorar estas cuestiones y multiplicar las demostraciones de las buenas relaciones con el Estado. El objetivo era obtener que el decreto de enseñanza religiosa se transformara en ley nacional. Durante todo 1946 se refirió insistentemente sobre el tema. Desde una perspectiva fuertemente integrista, señalaba que sólo había dos caminos: con Cristo o contra Cristo, y no dudaba en acusar al laicismo de antidemocrático por impedir que los niños se educaran en la fe católica.⁵⁴

Tras la sanción de la ley, en marzo de 1947, Copello se entrevistó con Perón para entregarle un memorial de agradecimiento. Por su parte, Perón no dudó en recordarle que por primera vez un gobierno actuaba según la doctrina de la Iglesia. Para consolidar espacios, Copello continuó dando muestras de buena voluntad. Así, en mayo de 1947 celebró una misa por el éxito del viaje de Eva Perón a Europa; en marzo de 1948 ordenó que las campanas de las iglesias se echaran al vuelo en festejo por la nacionalización de los ferrocarriles -en retribución el gobierno impuso la imagen de la Virgen de Luján en

⁵³ *Archivum*, I, 1942.

⁵⁴ "Segundo Congreso Interamericano de Educación Católica", *REABA*, 1946, pp. 689-691.

las estaciones ferroviarias-. También podía ver con satisfacción la designación de su amigo Ivanissevich en la Secretaría de Educación, un puesto clave para la "catolización" de la sociedad. Sin embargo, los problemas no dejaban de plantearse. A fines de 1947, una Pastoral se anticipaba a los proyectos de reforma de la ley de matrimonio civil, y de equiparación de hijos legítimos e ilegítimos. Las presiones eclesiásticas frenaron los proyectos, sin embargo eran señales de alarma frente a un Estado que ocupaba cada vez más espacios considerados propios por la Iglesia.⁵⁵

Las tensiones se explicitaron en abril de 1948. Perón había decidido entregar un pectoral a Nicolás De Carlo, obispo de Resistencia, por su acción social. Incluso, Perón estaba dispuesto a presentarlo como modelo de "obispo peronista." Copello -que en su carácter de Primado de la Iglesia no había sido consultado sobre este homenaje- decidió entonces no asistir al acto. Ante los obispos presentes, Perón diseñó "la gran obra que debe desarrollar el Episcopado argentino". Y esta obra era apoyar al gobierno nacional: "He querido y he logrado que los trabajadores perciban retribuciones justas, y en mis esfuerzos a tal fin encaminados -que no representan un objetivo político sino social- me habría gustado alcanzar la colaboración activa del episcopado, como espero obtenerla en adelante."⁵⁶ Quedaba claro que Copello debía enfrentar a un Perón que ya no era el candidato que buscaba el apoyo eclesiástico, sino un Presidente que exigía lealtades incondicionales.⁵⁷

Ese mismo año, Copello debió afrontar otro problema. El 24 de septiembre se descubría un complot contra Perón y su esposa. Junto con Cipriano Reyes, y otros participantes fueron detenidos tres sacerdotes. El episodio permitió que dentro de la CGT afloraran las no siempre bien contenidas expresiones anticlericales. Sin embargo, pocos días después Copello podía reprochar las sospechas: "La profunda pena que embargaba nuestro espíritu por la prisión de tres capellanes, que se anunciaba que estaban complicados en un complot, que enérgicamente reprobamos, se convierte en la más íntima alegría al decretar el Juez Federal la libertad de dos de estos sacerdotes por estimar que, *prima facie*, no han tenido actuación alguna en los sucesos que se

⁵⁵ Susana Bianchi: *Catolicismo y Peronismo. Religión y política en la Argentina, 1943-1955*, Tandil, Prometeo- IEHS, 2001.

⁵⁶ *El Peronismo y la Doctrina Social Cristiana*, Buenos Aires, Presidencia de la Nación, 1952.

⁵⁷ Lila Caimari: *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995.

investigan. Dejamos a consideración del pueblo sensato el juzgar la conducta de algunos diarios y radios para con esos modestos sacerdotes y para la Iglesia".⁵⁸

Copello también buscó aligerar las tensiones. En diciembre de 1948, celebró la misa del Día del Reservista y en febrero del año siguiente, otra misa en la Catedral inauguraba las deliberaciones de la Convención Constituyente. La presencia de Perón en ambas era prueba de la pacificación. En retribución, Copello removió de su cargo a José Dunphy, párroco de Corpus Christi, célebre por sus sermones antiperonistas. Pero estos actos no eran bienvenidos en las filas católicas: las críticas comenzaba a acusar al Arzobispo de no defender con mayor firmeza los derechos de la Iglesia.

El conflicto finalmente estalló en octubre de 1950, a raíz de un acto organizado por un grupo espiritista en el Luna Park. El acto convocado por la Escuela Científica Basilio bajo la consigna "Jesús no es Dios", considerada blasfemia por los católicos, fue inaugurado con la lectura de un telegrama de Perón que adhería a la celebración. Pero jóvenes católicos ubicados en las tribunas y en las cercanías del estadio provocaron un considerable tumulto. La policía intervino deteniendo a casi trescientos miembros de la Acción Católica por alterar el orden público. Un grupo que pudo eludir a la policía logró llegar a las puertas de Catedral en donde exigieron la intervención del Arzobispo. Pero no fue Copello- supuestamente ausente- sino el obispo auxiliar, monseñor Tato, quien logró que los jóvenes se desconcentraran en calma. Sin embargo, al día siguiente, por presión de los dirigentes de la Acción Católica, Copello debió pronunciarse en defensa de los jóvenes que habían actuado con una considerable cuota de autonomía. Dos días más tarde, el 17 de octubre -el mismo día en que Perón enunciaba las "Veinte Verdades" que definían al peronismo- Copello disponía que se efectuaran actos de desagravio "por la horrenda blasfemia que ha sido divulgada con profusión extraordinaria por nuestra ciudad."⁵⁹

Muy poco después (del 23 al 30 de octubre) se celebraba en Rosario el V Congreso Eucarístico Nacional. Según el protocolo, Perón debía recibir al Legado Papal, cardenal Ernesto Ruffini. Sin embargo, un día antes (mientras se celebraban los actos de desagravio ordenados por Copello en iglesias colmadas por "figuras de nuestros círculos más representativos"⁶⁰) Perón y su esposa se alejaban de Buenos Aires

⁵⁸ Santiago Luis Copello: *Cartas pastorales...*, p. 249.

⁵⁹ *La Nación*, 18 de octubre de 1950.

⁶⁰ *La Nación*, 23 de octubre de 1950.

tomándose imprevistas vacaciones. Pero en la recepción a Ruffini -a cargo del vicepresidente Quijano- hubo un dato significativo: la gran cantidad de público que se agolpaba en las calles de Buenos Aires esperando el paso del representante papal. El recorrido de Ruffini, en carroza de gala, hasta su alojamiento en la casa de los Pereyra Iraola fue seguido por una multitud que clamaba "Jesús es Dios", transformada en consigna antiperonista. Otro tanto sucedió a la llegada de Ruffini a Rosario.

Imprevistamente, por presión del canciller Remorino, Perón y su esposa llegaron a Rosario el día de la clausura del Congreso Eucarístico. Una manifestación organizada por la CGT para recibirlos relegaron las actividades rituales a un segundo plano: la multitud aclamando al líder recuperaba el espacio que en días anteriores había sido ocupado por manifestaciones religiosas de sospechoso cariz antigubernamental. Perón intentó, a su manera, mitigar el problema: "El peronismo, que quizá a veces no respeta las formas pero trata de asimilar y de cumplir a fondo, una manera efectiva, real y honrada de hacer el cristianismo, por el que todos nosotros, los argentinos, sentimos una inmensa admiración"⁶¹. Las elogiosas declaraciones de Ruffini antes de partir hacen suponer que las autoridades eclesiásticas tampoco querían profundizar las divergencias.

Sin embargo, Copello no podía desconocer que el conflicto al colocarse en el campo de la religión había llegado a un punto sin retorno. Ese mismo año, la designación de Armando Méndez de San Martín -reconocido por su laicismo- en el Ministerio de Educación era otro dato de la pérdida de espacios. Al año siguiente, Perón no participó en ninguna actividad eclesiástica, mientras que la presencia de Copello en actos públicos se hizo menos frecuente. Incluso, el año 1952 se inició con una Pastoral colectiva en defensa de la familia a la que se veía amenazada por la legislación.

Copello y Evita

Eva Perón era la figura del peronismo que más irritación causaba a Copello. Para ello se sumaban desde su estilo -ajeno al comportamiento tradicional de una Primera Dama- y su pasado hasta su fuerte presencia en una acción social que reducía los espacios eclesiásticos en el campo de la beneficencia. También el sufragio femenino y el encuadramiento de las mujeres en las estructuras del Partido Peronista Femenino eran percibidos como manipulaciones que privaban a la Iglesia de su influencia sobre la

⁶¹ Discurso en el cierre del V Congreso Eucarístico Nacional (1950), Juan D. Perón: *La Comunidad Organizada*, Buenos Aires, Ediciones de la Reconstrucción, 1975, p. 299.

tradicional piedad femenina. Sin duda, Copello prefería tratar, antes que con Evita, con las señoras de la alta burguesía -la denostada "oligarquía"- con las que no había perdido contacto. Las integrantes de la Obra de Vocaciones Eclesiásticas, a quienes designó en 1950, mostraban claramente sus predilecciones.⁶²

Tal vez su irritación mayor provenía del culto que se organizaba alrededor de la persona de Eva Perón, que paulatinamente acentuaba el carácter de religión política que parecía cobrar el peronismo.⁶³ Incluso ese culto era sostenido desde el mismo Estado: a comienzos de 1952, el Congreso la había proclamado Jefa Espiritual. Indudablemente, la sacralización de Evita se intensificó después de su muerte: cada hogar peronista parecía estar presidido por un altar dedicado a la "santa". Incluso se atribuye al vicepresidente Teisaire haber aconsejado a Perón despreocuparse de los conflictos con la Iglesia ya que la gente no se sentía ligada a los curas, más aún, habían reemplazado la imagen de la Virgen por los retratos de Perón y de Evita.⁶⁴ Poco espacio quedaba para el catolicismo en la Nueva Argentina.

Copello tampoco despertaba las simpatías de Eva Perón. Según se decía, Evita no perdonaba al Arzobispo no haber intervenido a su favor para que el Vaticano le otorgara durante su visita a Roma el título de Marquesa Pontificia. Incluso algunos consideran que ese fue el origen de sus desaires hacia el Cardenal. De un modo u otro, su atribuido Testamento resulta contundente: "Sé que a los pueblos les repugna la prepotencia militar que se atribuye el monopolio de Patria, y que no se concilian la humildad y la pobreza de Cristo con la fastuosa soberbia de los dignatarios eclesiásticos que se atribuyen el monopolio absoluto de la religión. La patria es del pueblo, lo mismo que la religión. No soy antimilitarista ni anticlerical como quieren hacerme aparecer mis enemigos. Lo saben los humildes sacerdotes del pueblo que me comprenden a despecho de algunos altos dignatarios del clero rodeados y cegados por la oligarquía".⁶⁵ Indudablemente los afectos no eran mutuos.

⁶² Figuraban, entre otras, Sara Montes de Oca de Cárdenas, Sara Cranwell de Herrera Vegas, Elena Zuberbuhler de Hueyo, Angélica Knaak Peuser, María Josefa Cantilo, María Teresa Peralta Ramos y Josefina Diehl de Pereyra Iraola.

⁶³ Susana Bianchi: *Catolicismo y Peronismo...*, p. 260.

⁶⁴ Entrevista a Alfredo Gómez Morales; Robert Potash: *El Ejército y la Política en la Argentina 1945-1952, De Perón a Frondizi*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 243.

⁶⁵ Citado por Roberto Bosca: *La Iglesia Nacional Peronista. Factor religioso y poder político*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, p. 184.

IV. LOS ULTIMOS AÑOS DE SU VIDA. LA CRISIS

A pesar de que Perón presidió la coronación pontificia de la Virgen de Luján, en un acto celebrado en la Plaza de Mayo y que Copello lo visitó después de las sesiones del Concilio Plenario argentino que celebró en el mes de noviembre, hacia 1953 poco quedaban de las amistosas relaciones de antaño. Pero la crisis también atravesaba a la Iglesia: la actitud de Copello, que esperaba salvar lo salvable, contrastaba con el antiperonismo de Fermín Lafitte, arzobispo de Córdoba. También el clero se mostraba inquieto. Los constantes llamados de Copello a la "obediencia" no encontraban eco en sacerdotes cada vez más críticos de una disciplina y de un ritualismo considerado vacío de contenido. En rigor, la "crisis del catolicismo" –que intentaría encontrar una solución en el Concilio Vaticano II- también se expresaba en el país.⁶⁶

Desde el mismo Arzobispado se reconocía la ruptura entre la Iglesia y la sociedad. "Hablamos un lenguaje que una muchedumbre de hombres no entiende. Existe, entre ellos y nosotros, una 'barrera de cristal'. La comparación es exacta: saben ellos quiénes somos, al igual que nosotros con respecto a ellos; sin embargo no saben cómo somos, cómo pensamos y sentimos, ni nosotros tampoco sabemos cómo ellos piensan y sienten. Preferentemente ha de decirse esto de la clase trabajadora (...) A la realidad hay que hacerle frente tal cuál es. Y este, el problema obrero, es casi el más grave que se nos ofrece por los obstáculos que involucran. (...) (Para los obreros) somos 'gente buena' pero 'buenos burgueses'. El mero hecho de nuestra preeminencia social, intelectual y económica les impele a pensar de ese modo."⁶⁷

Cada vez eran más los católicos que descreían de la posibilidad de transformar a los Estados autoritarios en instrumentos de la "catolización" de la sociedad. Era necesario intentar otra vía: la democracia cristiana, siguiendo las indicaciones vaticanas. La oposición de Copello a los partidos políticos de inspiración católica había sido terminante, sin embargo ante la difícil situación estaba dispuesto a escuchar a Franceschi, quien olvidando sus simpatías totalitarias se inclinaba hacia la nueva solución. De esta manera, en julio de 1954 se organizaba -no sin tensiones internas- el Partido Demócrata Cristiano: los católicos podían pasar a la oposición con sus propias estructuras políticas. Pero, al mismo tiempo, si el antiperonismo veía cada vez más

⁶⁶ José Luis L. Aranguren: *La crisis del catolicismo*, Madrid, Alianza, 1969.

⁶⁷ REABA, julio de 1953.

reducirse sus medios de acción en un régimen que acentuaba sus rasgos totalitarios, la misma Iglesia comenzaba a presentarse como un posible espacio de oposición.

El 10 noviembre de 1954, Perón denunció las "acciones de perturbación" de la Acción Católica y de varios miembros del clero, incluyendo a los obispos Fermín Lafitte, y Froilán Ferreyra Reinafé. La denuncia contenía un tono amenazante: "Aquí hay como diez y seis mil integrantes del clero. ¿Cómo vamos a hacer una cuestión porque haya 20 o 30 que sean opositores? Es lógico que entre tantos haya algunos. ¿Qué es lo que tenemos que hacer? Hay que tomar medidas contra esa gente. Tiene razón la jerarquía eclesiástica cuando me dice que no es la Iglesia sino que son algunos curas descarriados de la Iglesia. Nosotros vamos a ayudarlos para que los pongan en su lugar."⁶⁸ La demora en la respuesta del cuerpo episcopal era signo de la falta de acuerdos: la Pastoral Colectiva del 23 de noviembre fue un texto de transacción. Por un lado, señalaba que "ningún sacerdote puede ni debe tomar parte en las luchas de partidos políticos sin comprometer su investidura y a la misma Iglesia". Pero también agregaba que "ningún sacerdote podría permanecer indiferente sino que debería asumir la defensa serena y firme de los valores eternos". Diferenciaba, de este modo, "la política" de la "defensa obligada del Altar".⁶⁹

Pero la guerra ya estaba declarada. Pocos días más tarde, la CGT organizó un masivo acto para reiterar la adhesión a Perón frente a los "ataques católicos". Las pancartas con leyendas como "Perón sí, curas no", "Cuervos a la Iglesia" eran expresivas del clima que se vivía. La ofensiva peronista se trasladó al Congreso donde muy pronto se aprobaron una serie de leyes que afectaban los intereses más caros de la Iglesia. Sin embargo, Copello parecía insistir en encontrar una salida conciliatoria. A comienzos de diciembre, tratando de mantener su autoridad y contener a la enfervorizada feligresía, establecía que "los fieles no deben participar en actos a los cuales se les quiere dar carácter religioso, sin que previamente hayan sido aprobados por la Autoridad Eclesiástica."⁷⁰

Poco después, un decreto del gobierno establecía que los actos religiosos serían permitidos solo en lugares cerrados y podían prohibirse cuando "mediare peligro

⁶⁸ *La Nación*, 11 de noviembre de 1954.

⁶⁹ "Carta Pastoral a los Cabildos Eclesiásticos, al clero diocesano y regular y a todos los fieles" (23 de noviembre de 1954), *Criterio*, 1224, 25 de noviembre de 1954, pp. 844-845.

⁷⁰ Santiago L. Copello: *Cartas Pastorales...*, p. 350.

inminente de alteración del orden o de la tranquilidad pública, o cuando la celebración fuese contraria a los intereses del pueblo".⁷¹ En ese contexto estallaron los ingobernables acontecimientos que siguieron a la celebración de Corpus Christi (junio de 1955): los manifestantes apedrearon sedes de diarios oficialistas, destrozaron vidrios de edificios públicos, con alquitrán consignaron "Muera Perón" y "Viva Cristo Rey" y al llegar al Congreso, arrancaron una placa de homenaje a Eva Perón y arriaron la bandera nacional para enarbolar la bandera papal.

Copello salió de su silencio -justificado por enfermedad- para condenar la violencia y desmentir la participación católica en la quema de una bandera nacional. Pero ya no había retorno posible, la Iglesia -pese a las intenciones de Copello- ya era el espacio de oposición. Cuando el 16 de junio de 1955, el ejército intentó un golpe con el objetivo de derrocar a Perón pocos dudaron de la complicidad católica. La reacción peronista no se hizo esperar y esa noche fueron asaltados e incendiados la Curia Metropolitana y varios templos del centro de Buenos Aires. Al día siguiente, el Vaticano publicaba el decreto de excomunión de Perón. Según recordaba un calificado testigo católico, "hasta los más escépticos comprendieron que sólo quedaba abierto el camino a la revolución."⁷²

De esta manera, la Iglesia católica estuvo nuevamente junto a las Fuerzas Armadas, el 16 de septiembre de 1955, en el levantamiento militar que derrocó al gobierno peronista. Un dato notable es explícita simbología religiosa adoptada por los sublevados -los aviones desde Córdoba llegaban a Buenos Aires bajo la consigna "Cristo Vence"- y la premura en otorgar, pese al apoyo dado a la revolución por laicos, las principales reivindicaciones eclesiológicas como la suspensión de la ley de divorcio.

Sin embargo, la posición de Copello no era fácil: sus viejos compromisos, sus reticencias en el enfrentamiento eran costos muy altos. Poco después del 16 de septiembre hizo un llamado a la "conciliación nacional", coincidente con el lema "ni vencedores no vencidos" sostenido por Lonardi. Empero, hacia fin de año, esa posición era difícil de sostener ante la "desperonización" impuesta por el gobierno de Aramburu. A fines de 1955 Copello renunció entonces a la presidencia de la Comisión Permanente del Episcopado y a comienzos del año siguiente marchaba a Roma iniciando un forzado

⁷¹ *La Nación*, 22 de diciembre de 1954.

⁷² Mario Amadeo: *Ayer, Hoy, Mañana*, Buenos Aires, Gure, 1956, p. 35.

exilio. Fue reemplazado en la arquidiócesis porteña por Fermín Lafitte, arzobispo de Córdoba, reconocido por su vinculación con los grupos revolucionarios.

Para justificar su estancia romana, en 1959, el papa Juan XXIII le otorgó el cargo honorífico de Canciller de la Iglesia. Sin embargo, Copello siempre añoró su tierra: los viajes a Buenos Aires para celebrar el aniversario de su consagración episcopal (1960) y de su designación como cardenal (1966) parecen demostrarlo. En Roma vivía en un virtual retiro, en la "Fraternita Sacerdotale", un instituto religioso en la elegante vía Della Camillucia; el retiro fue solo interrumpido por las sesiones del Concilio Vaticano II, al que asistió en su carácter de Cardenal de la Iglesia: fue testigo, de ese modo, de la renovación del catolicismo que siempre había combatido.

Santiago Luis Copello murió en Roma, a los 87 años, de un infarto complicado con una bronconeumonía, el 10 de febrero de 1967. Sus restos fueron trasladados a Buenos Aires y depositados en la cripta de la iglesia del Santísimo Sacramento. Con su vida se cerraba un significativo período de la historia de la Iglesia católica argentina.

Buenos Aires, 7 de febrero de 2011.